

DESESPERANZA

Por JÚLIAN RIGAU

En un mundo invadido por la desesperanza nada podemos emprender, pues el modelo que ésta impone desarma todo intento de encontrar solución a los problemas que nos aquejan, ya que su inseparable compañera: la angustia universal, anquilosa los sentidos y la gran mayoría, lejos de buscar alternativas, preferimos evadir la realidad, a la manera del avestruz, que prefiere meter la cabeza en un hueco antes de enfrentar el peligro que le asecha...

A pesar de esta temeraria afirmación que me refirieran en cierta ocasión, me considero entre los cubanos que miran al futuro con la certeza de que con la entrega personal en la cotidianidad y confiados en la fuerza de lo pequeño podemos construir un mundo mejor que nace en el interior de cada persona y se exterioriza en una propuesta solidaria viable en cada comunidad, grupo y familia, aunque al decir de muchos, esto pudiera resultar quimérico o utópico.

De modo general, el poder utiliza los medios de comunicación social para manipular la conciencia de la muchedumbre, proponiendo entre los remedios a esta situación de desesperanza el paradigma del “estado de bienestar” etiquetado por el primer mundo como la solución eminente para “satisfacer” las necesidades materiales del individuo, mientras se deja a la criatura abandonada a merced de la competencia con el más fuerte, el cual viola y violenta la vida, por gozar de ventajas y privilegios; mientras en el otro extremo aparece la posición que denuncia las consecuencias de lo “tremendísimo de este mal”, y proclaman una “tierra prometida” posible de alcanzar tras una cadena de penurias y sacrificios a perpetuidad. En conclusión, una y otra oferta sólo consiguen castrar a los pueblos de sus mejores sueños e intenciones de encontrar un modelo factible donde emerja el respeto a los derechos fundamentales de la persona, la familia y la comunidad en una sociedad solidaria nutrida por de la riqueza de la diversidad y la pluralidad de las personas y los grupos, y donde se puede conjugar el desarrollo con la justicia social.

Los sistemas han desalojado a Jesús de Nazareth de todos los espacios, pretendiendo, con el

alumbramiento del “hombre nuevo”, dotar a la humanidad de un ser triunfador y autosuficiente para nada necesita del mensaje liberador de la promesa de su Reino de Amor y Justicia, mediante el encuentro amoroso y la acogida gozosa de persona a persona, de realidad a realidad y donde el problema del otro no es ajeno.

En un mundo sin la experiencia de Dios, el dominio se convierte en totalizador y paternalista, la humanidad no encuentra las luces que la impulsaron desde sus orígenes, en escalonado ascenso tras la búsqueda del bien común, la libertad responsable, la equidad social y la fraternidad universal. En un mundo desconocedor de Dios, la desesperanza se anida, lo invade y domina, alejándolo del feliz desarrollo de su potencialidades e iniciativas provocando la carencia irremediable de proyectos futuristas promotores del crecimiento personal y social con una “calidad de vida sostenible” en el presente y para las nuevas generaciones.

En fin, en un mundo invadido por la desesperanza, nos encontramos a tientas: muchas veces buscando sin saber lo que buscamos, de ahí las problemáticas sociales: el tabaquismo, el alcoholismo, la drogadicción, la violencia, la miseria, la exclusión; se agudice desmedidamente el flujo migratorio dentro y fuera de las naciones con la pérdida irreparable de la identidad y el cultivo razonable de una nacionalidad sana y madura que aporta y recibe sus asideros para el desarrollo integral y el progreso de los pueblos.

La desesperanza genera la desintegración familiar con el consiguiente perjuicio de los hijos a quienes les es difícil entender porqué papá y mamá, las fuentes de sus vidas, se han separado para fluir a mares diferentes. La desesperanza desencadena el desorden laboral, la injustificada carrera a favor de que el fin justifica los medios y que todo es válido siempre para alcanzar el bienestar individualista, el aumento de los ingresos personales, con el total desprecio por el interés colectivo. La desesperanza anula la persona humana, la despersonaliza, la desinstala de sus fundamentos

para llevarla al extrañamiento de su fin último, por la que fue creada a imagen y semejanza de Dios, para convertirla en una pieza de la ideología del poder y el tener.

Esta problemática mundial tienen sus características nacionales y en cada localidad sus propias causas y manifestaciones; nadie se escapa de ella aunque pueda vivir al resguardo de sus comodidades y falsas seguridades, porque todas las instituciones, sus dignatarios y membresía están protegidos por esta inversión del orden creado, por esta civilización en picada y herida en sus bases, necesitada con urgencia de un salvador, un redentor, un liberador...

¿Qué podemos hacer? ¿Cuál es nuestra respuesta ante esta situación? ¿Nos queda tiempo para salvar esta realidad? ¿Quién nos puede ayudar en este empeño? Del corazón de la masa, de la entraña misma de la humanidad, del fondo de esta realidad emerge “la voz de los sin voz”, “la esperanza contra toda desesperanza”, “el grito del Evangelio con la vida”. Del susurro a las voces clamando y comprometiéndose con el sentir de los pobres, los desfavorecidos y marginados; porque sabemos que el verdadero “cambio” comienza en el interior, desde dentro de las personas, como única posibilidad de establecer el Reino de Jesús, ese reino que ya comenzó y no conoce de privilegios sociales, de oportunismos coyunturales, de acuerdos encubiertos, de falsas piedades y de triunfalismos maléficos; modelo del humanismo liberador, anticipo del “para siempre” en la plenitud de los tiempos.

Jesús de Nazaret, su vida, su estilo, su Evangelio es la respuesta simple y contundente, la solución a esta pandemia que es la desesperanza; aprender de él que cómo nos amó hasta entregar su vida por todos y todas, Él no se la dejó arrebatar porque la entregó libremente a favor de la humanidad caída por el pecado y la pena.

Su ejemplo nos impulsa a encontrar los “cómo” en esta hora presente, a fin de hacer caminos en el andar cotidiano, caminos al lado de los creyentes y personas de buena voluntad con las cuales compartimos los ambientes socio laborales: familia, vecindario, trabajo, parroquia; caminos que sí podemos emprender como:

-Alcanzar el crecimiento personal en sus cuatro dimensiones: los conocimientos por la autoformación, la información y formación colectiva; las

destrezas y habilidades por el compartir con los demás los frutos de la experiencia; los comportamientos y actitudes por la moralidad y una ética social de nuestros actos y la experiencia de una relación madura con Dios Comunidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

-Promover los espacios de participación y compromiso colectivo en los ambientes de realización personal; contribuir con las buenas propuestas que liberan y emancipan a las personas; comprometernos con el anuncio y la denuncia profética iluminadora de la realidad, con actitud redentora y compasiva, frente a los abusos y las injusticias a nuestro alrededor.

-Mantener una actitud reconciliadora que convoque a las personas a armonizarse con su propia historia y realidad personal; que se reconcilie con la historia de las demás personas con quien comparte la vida; que reconcilie su persona con el medio ambiente necesitado de sus cuidados y que concuerde su existencia en una experiencia madura y liberadora del Dios vivo y redentor.

Convertirnos a Jesús, acompañar a los demás en ese camino, y contribuir a la transformación de las estructuras a Jesús... tarea de tamaño proporción, pero un motivo de profunda esperanza en este mundo asediado por la desesperanza.

Nuestro NO a la desesperanza es nuestro SÍ a la esperanza en las potencialidades y riquezas que poseemos como personas: familiares, vecinos, compañeros de trabajo, hermanos de fe, y en el particular como emetecistas al disfrutar de la participación en el Grupo de Base y en el Movimiento de Trabajadores Cristianos.

Estas riquezas valen más que todo el oro del mundo, para aceptar de cada día su propio afán, nos permiten recuperar la esperanza en un mundo que debemos reconstruir “con todos y para el bien de todos”.

